

Tesoros torralbeños

Victoriano Valero García.
Primavera 2011



Es Torralba, de Cuenca, un arca cerrada y olvidada repleta de tesoros que tiempos inconscientes han desdeñado prestarle un mínimo de atención y que la evolución de los acontecimientos augura que el descuido y el abandono le seguirán acompañando.

Es triste contemplar el enclave torralbeño en la injusticia en que está sumido, en la indiferencia prestada por los rectores encargados de cuidar del patrimonio histórico y cultural que está desapareciendo y que se va a privar a mis nietos y a todos los nietos de saber como y cuando vivieron sus lejanos antecesores. Y todo esto no es producto de la melancolía sino de la necesidad de un pueblo de conocer su pasado y conectarlo con el futuro.

Es posible que pocos espacios reúnan las virtudes estratégicas de este enclave, tan importantes en otros tiempos, como es el cruce de caminos Norte-Sur, Este-Oeste y con alturas dominantes para controlar veredas y corrientes de agua, así como para servir de puntos de enlace visual en tiempos de ahumadas, llamaradas, etc.

Tampoco es de desdeñar el acervo prehistórico e histórico que reserva a una deseada actuación que lo saque a la luz.

Ha sido por todo ello este lugar residencia de todos los pueblos que por esta parte de la península Ibérica pasaron, los cuales, todos, dejaron testimonio de su paso. Y así nos lo dicen los escasos, conocidos, y ciertos, testigos de las huellas dejadas por los habitantes Paleolíticos, Neolíticos, iberos, romanos, visigodos, musulmanes y cristianos.

Continuando este relato por los tesoros más recientes, estos humanos, no podemos olvidar a Torralba siendo acogedora e inspiradora de Enrique de Villena 1384-1434, donde engendró y parió gran parte de su obra literaria y científica; donde disponía de una inmejorable plataforma desde donde poder entrar en comunicación con el firmamento y donde pudieron aterrizar dioses, demonios, musas, inspiraciones, pajes de reyes, solicitadores de remedios de males físicos y espirituales; donde nos dicen que le nació algún retoño extramatrimonial; donde rumio durante su luna de mil sus ataques de cuernos reales; donde a pesar de tener señorío propio, durante sus últimos años, Iniesta, iba y volvía a ir a Torralba, posesiones de su mujer María de Albornoz; donde la materia prima a la que era tan aficionado, buena comida y bebida, la tenía asegurada, la otra gran afición suya, su inclinación a las mujeres, que no a la suya, suponemos que las torralbeñas se lo pondrían difícil.

Denostado y olvidado durante siglos y reconocido más tarde, del cual decía el poeta conquense Sr. Federico Muelas cuando lo relacionaba con la Fortaleza torralbeña, que en ella Villena descifraba sus arcanos.

Enrique de Villena fue despreciado y desposeído de sus derechos sucesorios por su misma e inculta clase noble y últimamente generosamente reconocido y ampliamente estudiado por eminentes autores, aunque su presencia en Torralba como vecino de ésta sigue en la oscuridad, con solo breves apuntamientos. Los seiscientos años transcurridos desde sus peripecias por Torralba no facilitan más claridad.

Eugenio de Torralba alcanzó en sus tiempos gran fama como médico y como mago. Toda la información sobre este personaje nos la aporta el proceso que la Inquisición de Cuenca le instruyó entre 1528 y 1531 y aquí Eugenio nos dice que con quince años salió de Cuenca, nada menciona que naciera en ella, y marchó a Roma. Aquí se doctoró en medicina y estudió otras ciencias. Volvió a España a los diez o doce años y posteriormente hizo el camino entre España e Italia varias veces. Tras su puesta en libertad en Cuenca por la Inquisición, no se sabe mucho de el,

Tesoros torralbeños

aunque alguna noticia nos lo sitúa como médico del Almirante de Castilla; de su muerte y donde no sabemos nada.

El Doctor Eugenio de Torralba, probablemente nacido en nuestro pueblo y quizá por ello así apellidado, según algunos autores que le hacen hijo de un criado de los señores del castillo, los Carrillo de Albornoz, a pesar del empeño que pone Cuenca por hacerlo suyo, fue una personalidad nigromántica, respetado en su faceta de médico, galeno que fue en la corte de Carlos I y sus servicios demandados en toda Europa, aunque su fama postrera le vino por sus relatos de vuelos mágicos montado en una vara nudosa con su espíritu Zequiel y otros acontecimientos relacionados con este demonio. Estos sus episodios le acarrearón problemas con la Inquisición de Cuenca, la cual le llevó a pasar entre rejas cuatro años y a sufrir tormento, entre 1528 y 1531. No obstante, el desparrame mundial de su figura y de la palabra Torralba llegó con la inclusión en el Quijote del vuelo mágico del Licenciado Torralba, (II parte, Capítulo XLI), único personaje real que introdujo el gran Cervantes en su obra, según algún versado autor, y por ello, posiblemente, un torralbeño, Eugenio de Torralba, un paisano nuestro, figura en millones de libros escritos en todas las lenguas del mundo.

La mayor parte de la bibliografía adjudica a Cuenca el lugar de su nacimiento sin otros detalles ni soporte documental y todos los autores que a él se han referido han bebido de la misma fuente, que no es otra que el proceso que la Inquisición de Cuenca le instruyó y en él no declara su lugar de nacimiento, ni la fecha ni la identidad de sus padres, solo nos dice de estos que eran cristianos viejos.

El proceso en su redacción original al parecer desapareció hace muchos años y lo que perdura son copias y extractos, como el existente en la Biblioteca Nacional, donde podemos leer que lo que allí consta "fue sacado del proceso del Doctor Eugenio de Torralba que está en el Secreto del Santo Oficio de la Inquisición de Cuenca". En la actualidad en Cuenca no permanece.

En este extracto se instruyeron los afamados escritores Caro Baroja (1914-1995) y Menéndez Pelayo (1856-1912), entre otros que han tratado este asunto con profundidad, aunque este último nos dice que él tenía una copia que en lo sustancial coincidía con la de la B.N.

El Sr. José Antonio Pellicer y Saforcada, 1738-1806, Académico de la Real Academia de la Historia, que ejerció de bibliotecario Real, nos dicen que consultó el proceso que la Inquisición de Cuenca le instruyó a Eugenio de Torralba y que se encontraba en la Real Biblioteca. Dice en su obra comentada del Quijote: "el doctor Eugenio de Torralba, médico de profesión, salió de su patria, que es un pueblo del obispado de Cuenca, a los quince años de edad".

Pensamos que el Sr. Pellicer dispondría de elementos documentales suficientes para matizar ese "salió de su patria que es un pueblo del obispado de Cuenca a los 15 años". Por lo tanto, y si le damos cierto crédito al Sr. Pellicer, Cuenca queda desautorizada para hacer hijo suyo a Eugenio de Torralba.

Posiblemente el Sr. Pellicer, por su posición privilegiada pudo consultar el original completo del proceso y el resto de autores que han estudiado posteriormente al personaje y le hacen nacido en Cuenca no tuvieron esa oportunidad, quizá por que ya no existiera.

Tampoco nosotros podemos afirmar de forma rotunda que Eugenio de Torralba nació en nuestro pueblo, no obstante contamos con la afirmación de Don Trifón Muñoz y Soliva que manifiesta que fue hijo de un criado de los Carrillo de Albornoz y alguna indicación oral de que nació en Torralba.

Los Carrillo de Albornoz hacia 1475, fecha que creemos que nació Eugenio, tomando como referencia la edad con que salió, con quince años, que estuvo en Italia hasta que regresó diez o doce años y que en 1502 volvió siendo ya médico, tenían establecida su Corte en Torralba, donde se hallaban arropados por muchos criados y donde tenían su base de operaciones, donde su general en jefe, Pedro Carrillo de Albornoz hacía y deshacía a su antojo.

La mentalidad nigromántica de Eugenio de Torralba bien pudo recogerla de los rescoldos dejados años atrás en la misma Villa por su antecesor residente en el Castillo torralbeño, Don Enrique de Villena, también afamado mago.

Estas dos personalidades, por si solas, aunque estudiadas por afamados escritores bien merecerían ser tratadas, con otras de Torralba, de forma más extensa bajo la óptica torralbeña.



Y que decir del enclave torralbeño, donde reinó y se resiste a desaparecer la Fortaleza, enquencle y pidiendo a gritos de auxilio ser atendida, antes de que los magníficos restos desaparezcan y se lleven con ella el icono torralbeño, las señas de identidad del pueblo, su progenitora.

Que decir del magnífico Aljibe del Castillo, pocos como él, con igual peligro que su patrón, con los cuales se cometería un gravísimo error si se les dejara desaparecer, por lo que solamente de forma institucional se les puede socorrer, y esto sin demora, pues privar a las venideras generaciones de semejantes joyas dejaría a la nuestra marcada con graves calificativos los cuales nos perseguirán hasta donde nos encontremos.

Debemos también mencionar a la muralla, gran obra y de envergadura considerable que jugando al escondite nos está pidiendo salir a la luz para confirmar la sentencia de Don

Tesoros torralbeños

Trifón Muñoz y Soliva cuando tratando en sus fundados trabajos sobre tiempos de moros sentenciaba: **"Torralba la Fuerte"**.

Igualmente no podemos olvidar a una parte del enclave como son los restos del Palacio y sus jardines que por aquéllas alturas y a poco que se sueña se oyen voces de reina, como nos dice la tradición oral sobre la Reina Urraca, o vemos apareciendo el torralbeño de turno regando con el agua de Valdelamadera los jardines y la plantación de cáñamo.

Magnífica información podrían recoger aquí los técnicos adecuados que nos informarían de infinidad de datos sugestivos como por ejemplo de los diversos pueblos que por allí pasaron, de los aposentos que utilizó el Sr. Villena; del lugar donde Pedro Carrillo mató a su hermano Juan, titular del Señorío de Torralba, y probablemente a la madre de ambos, fechorías que le debieron provocar tratar de reconciliarse con Dios por haber



infringido el Quinto Mandamiento, "levantando desde sus cimientos la Iglesia de Torralba", según nos dejó dicho en su testamento; así como de los calabozos que utilizaron los célebres Carrillo para secuestrar entre otros al procurador en Cortes por Cuenca como Juan González de Alcalá; de los "tiros de artillería" de que estaba dotada la fortaleza a finales del siglo XVI, de la industria de la cerámica sin torno y de la ibérica a círculos; de la metalurgia, de su alimentación, a la vista de tantos huesos; de la leña consumida, tantos carbones; de cómo se enterraban, viendo las tumbas encontradas; de los utensilios que utilizaban teniendo en cuenta este anciano punzón de hueso, de varios miles de años, quizá quinto del cuenco de más arriba que aquí vemos y tantas y tantas interesantísimas noticias.



No obstante lo anterior, el tesoro torralbeño más añejo y con más enjundia reside en las alturas, a 1295 metros de altitud, en la Sierra de Bascuñana, vertiente oeste, paraje de Las Hoces, terreno donde reina la roca viva, salvo las manchas de pinos de las cumbres que en los años sesenta en la repoblación de la zona organizada por el Estado y a razón de cuarenta pesetas día plantamos los torralbeños mandados por el exigente capataz León Poveda.

En este espacio se encuentran de norte a sur y precipitándose hacia poniente la Hoz Menor, la Hoz Mayor y la Hoz de la Hiedra; los tres accidentes del terreno tienen su encanto, pero el que sobresale en todos los aspectos es la Hoz Mayor.



Esta hoz está conformada por una depresión del terreno que partiendo de la espina dorsal de la sierra y por dos vías en forma de uve, escasamente accidentadas en su inicio confluyen en la gran hoz, donde el terreno se hunde y las paredes se elevan formando dos acantilados que paralelos convergen en la parte baja y más occidental en ángulo agudo, hoy taponado por grandes bloques de piedra desprendidas de la alturas. La anchura en su parte central ronda los cien metros y la longitud de unos seiscientos.

El suelo de esta hoz es rico en pastos tiernos y jugosos en un medio muy árido.

Desde el inicio de esta hoz hasta su final, no dispone de salidas laterales, excepto una que más adelante mencionaremos.

Este magnífico espectáculo natural fue adulterado allá por los años veinte del siglo pasado con el tendido eléctrico que partiendo del Salto Hidroeléctrico de Villalba va a iluminar la Alcarria.

La Hoz Mayor reúne todos los requisitos para que el hombre de los primeros tiempos ocupara este espacio, pues aunque lo conocimos sin apenas vegetación hemos de pensar que como la mayor parte del término de Torralba fuera esquilado por el hombre y su cómplice la erosión. Allí al lado, nos queda como chivato de lo que pudo existir en el pasado el topónimo Valdelamadera que por si solo algo nos dice, lugar donde brota el manantial que desde siempre ha saciado la sed de Torralba.

Hemos de suponer que en los lejanos tiempos de Paleolítico-Neolítico esta sierra estuviera bien poblada de flora y de fauna y no muy lejos de ellas el hombre y a los buenos pastos de la Mayor acudieran entre otros ciervos, jabalíes, conejos y atraídos por éstos, el águila real y buitre leonado, etc., como vemos que ocurre hoy.

Como hábitat del humano agrupa los requisitos de orientación este-oeste; así vemos como dispone de varios abrigos en el acantilado con orientación sur y protegidos por obra humana, con bloques de dimensiones considerables, siendo estos espacios unos con cierta amplitud que

Tesoros torralbeños



nos sugieren haber sido ocupados por animales domésticos y otros de dimensiones más reducidas para las personas; también encontramos estas disposiciones en la Hoz Menor.



La pared con orientación norte vemos que solamente pudo ser utilizada como plataforma para ir al más allá y como punto para lograr el alimento que le permitiera subsistir en el más acá.

No le falta a este espacio agua en las cercanías, pues allí a quinientos metros se encuentra la fuente de las Gilas, barranco abancalado donde mi abuelo Marigüela cultivó una hermosa huerta, aparte de las algo más lejanas fuentes del Hontarrón, mil metros y la de Valdelamadera mil doscientos.



Si abrigos como espacio para la vida dispone, no carece de los mismos para la muerte. Aquí encontramos en la pared con orientación norte, a media altura del acantilado una oquedad de un metro y medio por un metro y una altura que no llega al metro, cavidad de forma irregular. En este espacio reducido deducimos que el enterramiento se debió de producir tras incinerar los cadáveres, a la vista de las piezas dentales aparecidas debieron ser varios individuos y de distintas edades. Igualmente fue hallado en este lugar un colgante de pizarra, con el que algún torralbeño se adornaría o se significaría, que aquí vemos de unas dimensiones de ocho por cuatro cts. y unos cinco de grosor, material este ajeno a esta zona, con orificio que le traspasa e inicio de otro por ambas caras. Este colgante comparándole con otros que vemos en distintos museos nos sugiere situarlo en tiempos neolíticos hacia 2600-1700 a C., todo ello a falta de lo que nos digan los técnicos en la materia.



Tanto el colgante, cuchillo, piezas dentales como cuenco fueron entregados por mi en el Museo Arqueológico de Cuenca donde harán compañía a la Cista Cineraria, que más abajo vemos, con datación (Periodo Romano República, 101[ac][ca]-1[ac][ca]), localizada también en Torralba y de forma accidental como todos los elementos que aquí se describen, que también yo mismo presenté no hace mucho y donde espero sean expuestas para la contemplación del visitante.



Esta oquedad pudo ser preservada del exterior tapando su acceso con un bloque de piedra apropiada. También ante la entrada de esta cavidad se observa obra humana que nos sugiere que pudo haber sido construida para impedir la llegada a la tumba de animales carroñeros.

Solo a unos metros hoz abajo de este mencionado sarcófago y en la misma pared del acantilado podemos admirar otro tesoro torralbeño en estado virgen y tal cual quedó hace varios miles de años. Se trata de un supuesto **cazadero**, coetáneo con todos los elementos que concurren en la Hoz Mayor, como son los abrigos humanos y cercados de animales; el enterramiento humano con el colgante de pizarra; y el hallazgo por la zona de hachas pulimentadas que ya estaban en los años cincuenta en poder de mi maestro Don José Cordente en la escuela del lugar, las cuales, recuerdo cuatro o cinco, le habían sido entregadas por los pastores del pueblo.

Todos estos elementos le sugieren a un profano en la materia como yo darle a este lugar la utilidad de cazadero en tiempos al menos neolíticos y cierto sedentarismo al hombre en la zona.

Esta disposición natural con retoques humanos reúne todos los requisitos para darle ese aprovechamiento, pues se halla

Tesoros torralbeños

enclavado en la hoz amplia, con abundante y atractivos pastos para los herbívoros; está situado en el extremo inferior de la depresión que encajonada por las paredes de los acantilados laterales y siendo la única salida practicable a campo abierto, habiendo otra, ésta se halla obstruida al parecer intencionadamente.



Nos suponemos a un grupo de cazadores-ojeadores hostigando a las piezas a cazar, hoz abajo, hacia el lugar predispuesto y obligarles a utilizar el estrecho desfiladero que conforma esta instalación, paso de unos treinta metros de longitud, con paredes laterales semiverticales de cuatro o cinco metros que obligaría a los despavoridos animales a salir en fila india, disposición que aprovecharía el cazador o cazadores allí situados, en la pared derecha y a medio camino, ocultos tras un pequeño parapeto al lado del portillo-balconcillo, natural o manipulado, para con mayor facilidad y al paso del animal designado arrojarle la piedra-proyectil dispuesta, todavía allí persisten varias en un montoncillo, y abatir sus objetivos. Si echamos una ojeada a las inmediaciones observamos que este tipo de piedras picudas, proyectiles, fueron acumuladas en el mencionado portillo disparadero, y con un tamaño no muy voluminoso ni pesado, adecuadas para ser arrojadas sobre los animales con violencia y causar los efectos deseados.

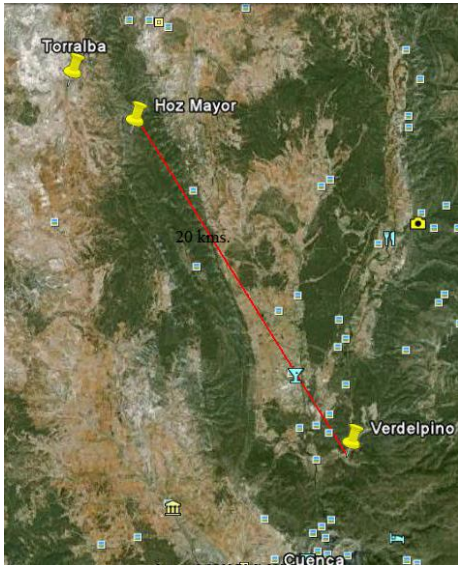
Quizá a la vista de estas piedras podríamos deducir que los animales a abatir no fueran de mucha envergadura o que los lanzadores no fueran muy corpulentos.

Copiamos de autores versados en temas Neolíticos que una de las características de aquella época, y para la zona centro de la península, podrían ser el trabajo de la piedra pulimentada, hachas ya mencionadas y que procedían del entorno, la combinación de la caza con el inicio de la domesticación de animales, la utilización de colgantes, etc., particularidades entre otras, coincidentes con los elementos mas arriba vistos, por lo que estos datos nos sugieren situar esta zona habitada por el hombre en tiempos, al menos, neolíticos.

Nos dicen los técnicos en la materia que Verdelpino es el único asentamiento Neolítico localizado en la provincia de Cuenca y que aunque en algún aspecto controvertido se le da una gran importancia en cuanto a la categoría del mismo y a su antigüedad.

Victoriano Valero García

Verdelpino se halla situado a unos 20 Km. en línea recta de la Hoz Mayor, en las estribaciones de la Sierra de Bascuñana, misma cadena montañosa.



Teniendo en cuenta el espacio en que se hallan Verdelpino y Torralba no sería descabellado pensar que todos los elementos que encontramos en Torralba sean coetáneos, seis o siete milenios a.C., a los hallados en Verdelpino dada la reducida distancia.

Torralba, primavera del 2011

Victoriano Valero García